

**UNIVERSIDAD DE LA REPÚBLICA**  
**FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES**  
**DEPARTAMENTO DE TRABAJO SOCIAL**  
**Tesis Licenciatura en Trabajo Social**

**Actores sociales y participación desde la perspectiva  
de Alain Touraine.**

**Juliana Roux**

**1997**

## I N D I C E

Introducción.....	2
Punto de partida.....	5
Marco teórico: Aproximaciones a la lógica del autor.....	7
El enfoque modernizador y sus repercusiones.....	11
Una nueva representación de la vida social : Los sistemas sociales.....	14
Caracterización de la acción colectiva en América Latina.....	20
Las categorías sociales y la acción colectiva.....	24
Elementos de Análisis.....	28
Conclusiones Finales.....	36
Bibliografía.....	42

## **I n t r o d u c c i ó n**

Esta monografía es un esfuerzo por rescatar y responder varios aspectos de una práctica profesional que quedaron inconclusos. Dicha práctica estuvo enmarcada en un Programa de Desarrollo Local, llevado adelante en la Ciudad de Salto, específicamente, en la Localidad de Villa Constitución.

La Villa fue fundada en el año 1852 y se encuentra localizada 70 km. al norte de Salto. Cuenta con una población aproximada de 3.000 habitantes, de los cuales en 1985 más del 50% eran niños y jóvenes menores de 19 años, el 40% eran adultos entre 20 y 60 y un 10% personas mayores de 60 años. (Cifras que actualmente se han visto revertidas por la migración de más del 50% de la población joven.)

La dinámica de Constitución tuvo dos puntos de inflexión importantes. El primero de ellos, fue la construcción de la Represa de Salto Grande, sobre el cauce del Río Uruguay que modificó la fisonomía y localización de la misma, quedando a 12 km. de la ruta Nacional N°3. Esto ocasionó un mayor aislamiento y una disminución de la actividad comercial, al tiempo que redujo el número de tierras productivas. Dicha construcción obligó a rediseñar la zona, dado que gran parte de ella quedaría bajo el agua.

El segundo punto tiene que ver con el cierre del Ingenio Azucarero “El Espinillar” (de propiedad pública), que operaba desde 1952 con unas 5.000 hás. de cultivo de caña de azúcar. El mismo empleaba a más del 60% de los hombres de la localidad, siendo la principal fuente de ingresos para el pueblo.

Quienes no emigraron luego del cierre, optaron por retornar a la producción

agrícola, arrendando pequeñas chacras o como trabajadores temporarios en la zafra de la naranja. Más allá de las opciones de subsistencia, el cierre de la única fuente de trabajo tuvo repercusiones directas no sólo en la ampliación del desempleo y migración sino en el deterioro de la identidad del pueblo.

En tal sentido, el proyecto de Desarrollo Local implementado para Villa Constitución, fue una acción destinada a obtener resultados que mejorasen el nivel de vida e ingresos de la población. Se enmarcó en un Programa de actuaciones que configuraron un Proyecto de Desarrollo Rural Integrado, al incluir acciones que articuladas entre sí, pretendieron obtener sinergias y efectos multiplicadores en toda la localidad.

Dicho proyecto se apoyó en la tradición de participación y auto-organización que siempre caracterizó a esta población y pretendió abordar la problemática del desempleo, mediante estrategias de formación, capacitación y otorgamiento de créditos blandos para activar las experiencias productivas. En tal sentido, se instrumentaron cursos a horticultores, tendientes a capacitar sobre los rubros de producción tradicional y alternativos, conservación del suelo, uso de agroquímicos y control de plagas y malezas. El otro eje de trabajo estuvo orientado hacia la capacitación y financiación de las experiencias productivas de las mujeres rurales

En el primer semestre del proyecto, participaron unas 400 personas entre la Cooperativa de Mujeres Rurales, Cooperativa de Tejido y Lana, grupos de vecinos, comisiones, estudiantes, clubes deportivos y horticultores. Sin embargo, en el tercer semestre de dicha implementación, la participación había decaído notoriamente. Investigamos sobre estas causas, revisamos los diagnósticos, las estrategias de trabajo así como la población involucrada, pero los vecinos únicamente manifestaron sus

dificultades para participar de las reuniones, así como para intervenir en grupos locales, comisiones vecinales o integrar cooperativas de trabajo. Si bien los horarios, y fechas se ampliaron con gran flexibilidad este hecho no revirtió la situación.

El equipo técnico, el cual yo integraba, se quedó con esa infeliz imagen acerca de la escasa participación y relativa “comodidad” de la gente. Y sostengo que es “infeliz” en tanto invalidó los espacios para los cuestionamientos del equipo.

Esta monografía retoma esos cuestionamientos, y desde una revisión teórica concreta, intenta profundizar en la imagen que hoy tanto nos impregna, y que alude a las prácticas de participación cada vez más como omisión que como compromiso con lo colectivo.

Reflexionando sobre el papel del sujeto enfrentado a la participación social, intento responder una interrogante fundamental: *¿ por qué la gente ya no se involucra en procesos participativos?*

En razón de lo expuesto, el eje de reflexión que guiará la monografía refiere a las prácticas del actor-sujeto en el campo de la vida social, contextualizado en un escenario concreto de representaciones y negociaciones.

## **P u n t o d e P a r t i d a**

El concepto de participación existe en una multiplicidad de contextos, de situaciones y con sentidos diferentes. Parece ser una palabra mágica y tranquilizadora para quién la promueve, pero es a la vez oscurecedora de su propio contenido conceptual porque se vuelve difusa.

Es posible suponer que ocurre con este concepto algo análogo a lo que Weber señaló en relación a la conceptualización del poder. Por la amplitud y heterogeneidad de procesos a los que remite, resulta sociológicamente “amorfo”.

Si bien, la problemática conceptual de la participación no es precisamente a lo que dedicará este trabajo, considero esencial clarificar dicho concepto antes de continuar con el desarrollo de la monografía.

El proyecto que pusimos en marcha en Villa Constitución, se enmarcó en una concepción donde “participar” es similar a “formar parte de algo”, de interesarse, de intervenir con responsabilidad y conciencia en las decisiones y actividades del conjunto social. Esta idea, está íntimamente vinculada a la conciencia de dignidad de las personas y de los agrupamientos humanos. Desde la perspectiva del Trabajo Social, cuando se ve cuestionada la autonomía y autodeterminación de las personas, la dignidad también se ve cuestionada. En tal sentido, participar para proponer un modelo diferente, alude a la asociación de individuos en actividades comunes. Tiene que ver pues, con formar parte de una vivencia colectiva y de un proyecto que también se quiere autogestionario.

Este concepto es sumamente amplio y no hay miembro de la sociedad que no participe de una u otra manera en alguno de sus ámbitos. Sin embargo, en lo que refiere a la participación organizada, en tanto acción consciente, percibimos su decaimiento significativo.

Villa Constitución es una de las localidades más pobres de todo el país, a pesar de ello, no constatamos una correspondencia entre la conformación de conductas colectivas que reivindicuen un modo de vida más aceptable y el deterioro de la vida misma. Se vuelve necesario distinguir dos dimensiones en la conceptualización de la participación. Por un lado participar en la vida cotidiana, en tanto derecho y necesidad inherente a la naturaleza humana, y por otro, distinguir y rescatar las conductas colectivas organizadas, cuya profundización será el objetivo central de este trabajo.

El desafío es sin duda, aprehender los mecanismos por los cuales el sujeto se enfrenta a la acción colectiva, comprometiéndose y desligándose con las prácticas sociales.

Respecto a esto, Alain Touraine es uno de los autores que analiza consistentemente estos procesos, en un marco teórico y conceptual que difiere ampliamente del planteo de la sociología clásica.

La elección de este autor para articular el desarrollo del trabajo no ha sido arbitraria, sino con la convicción de que urgen desde el Trabajo Social, nuevas lecturas en torno al sujeto y sus prácticas.

## MARCO TEORICO

### **Aproximaciones a la lógica del autor**

El análisis que realiza Alain Touraine, es siempre un análisis contextualizado en un escenario social, en un tiempo y espacio determinado, en una historia y campo cultural. Su mayor contribución ha sido reflexionar sobre la vida social como capacidad autoprodutora, enmarcando al sujeto en un proceso activo de transformación.

Se propone comprender las conductas, descubriendo las relaciones conflictivas que el sistema encubre, y desde allí, su gran aporte ha sido cuestionar las categorías tradicionales de análisis, en tanto conceptos difusos que obstaculizan una lectura de la realidad.

El papel crítico del autor, lo lleva a rechazar las nociones más tradicionales, los principios metasociales, así como hablar en nombre de “valores”. El análisis de la vida social no puede valerse de estos conceptos, “sino para analizar las contradicciones y los conflictos en juego”(1). Su marco se aproxima a la comprensión de las nuevas lecturas y no a las categorías que la sociedad ofrece de ella misma.

Touraine proporciona varias herramientas conceptuales que ayudan a responder las interrogantes anteriormente planteadas. Si bien, no reflexiona directamente sobre la participación social, lo hace a través de sus ejes de análisis.

La noción de desarrollo dependiente, el papel del cambio histórico y su crítica hacia la concepción evolucionista clásica, permiten contextualizar al sujeto en el

(1) Touraine, Alain, El Regreso del Actor. P. 81

escenario concreto de la acción social. Dichos ejes de análisis no serán profundizados en esta ocasión, pero su mención hará posible resignificar el papel del sujeto.

En sus reflexiones acerca de la participación, no identifica categoría de actores, sino diferentes niveles de la acción colectiva, incluso el distanciamiento de la práctica concreta. En tal sentido, es importante la conceptualización que realiza sobre la historicidad, y los movimientos sociales, así como la distinción entre las categorías individuo, sujeto y actor, en las cuales se alternan diversos niveles de prácticas sociales.

La historicidad, no aparece únicamente aludiendo a la naturaleza histórica de los fenómenos, sino designando al conjunto de instrumentos y orientaciones culturales a través de las cuales se constituyen las nuevas prácticas sociales. La historicidad se manifiesta tanto en el modelo de conocimiento como en el económico y ético. Es un nivel de acción colectiva, donde los actores intentan dirigir, controlar y apropiarse, así como transformar el conjunto de recursos y modelos de la sociedad. Este concepto de historicidad hace posible que ninguna sociedad aparezca como portadora de “la racionalidad”. Introduce el rol central del conflicto, en todos los ámbitos de la vida social, sin reducirlo a una contradicción, sino como elemento esencial de funcionamiento.

Es aquí, donde el actor se constituye en sujeto, es decir, cuando logra ejercer un control regularizador y organizador sobre sus actividades, viviendo personalmente la historicidad, mediante su capacidad de desprenderse de las formas y normas de reproducción de los modelos culturales.

Este distanciamiento permite al actor ser sujeto, distanciarse de sus prácticas organizadas y vivir su propia individualidad. “Sujeto” es el nombre del actor cuando se sitúa en la historicidad y la producción de las grandes orientaciones normativas de la vida.

Dicha capacidad es lo que permite al actor-sujeto tomar distancia de sus prácticas, reflexionar en torno a ellas y asumir los niveles de acción de un modo más creativo, reflexivo y libre. Es decir, los niveles de acción propiamente dichos, están vinculados más directamente con la noción de actor. Éste se sitúa en un escenario social y desempeña un papel en las prácticas que representa, participa ya no como distanciamiento, sino involucrado en la acción misma, interviniendo en diferentes luchas.

Sin embargo, la noción de distanciamiento es indispensable para retornar a la práctica concreta, si bien el autor rescata que no necesariamente se retorna a la acción, pues éste puede traducirse en aislamiento. En tal sentido, no existe en esta categoría una intencionalidad definida a priori, el sujeto puede retomar la práctica o aislarse de la misma, incluso en rechazo de lo social.

El concepto de individuo, alude a la unidad particular donde se mezcla la vida y el pensamiento, la experiencia y la conciencia. El individuo únicamente se constituye como sujeto si se separa del individualismo y si logra tomar distancia de las prácticas organizadas para otorgarles un sentido propio.

Touraine, al referirse al individualismo describe un sistema de dominación que impulsa al sujeto a ser cada vez menos actor y más individuo, así como también la fuerza de la legitimación del sistema de dominación a través de la enajenación y la alienación de las individualidades.

De tal manera, enmarca diversas prácticas sociales, que tienen que ver con la acción colectiva organizada y con el distanciamiento (que no es acción concreta sobre la realidad), en tanto prácticas necesarias para enriquecer la participación, sin reducir la

misma a las acciones que se concretan organizadamente.

En cuanto al nivel más elevado de las conductas colectivas el autor define el papel de los movimientos sociales. Otorga a esta caracterización, el papel esencial del cambio histórico. La idea que enmarca a todos los movimientos es pues, que la sociedad es dueña de sus propios cambios, ya que no aparece como un sistema ni en equilibrio ni en crecimiento.

En tal sentido, el autor concibe a los movimientos sociales como “ la acción culturalmente orientada y socialmente conflictiva de una clase social definida por su posición dominante o dependiente en el modo de apropiación de la historicidad...”(2)

Su planteo ubica al actor-sujeto en el centro de la acción social, despojándolo de globalismos e intentando separar el significado de sus conductas, en especial de los conflictos. De este modo le asigna un significado diferente, mediante la recomposición de los papeles que representa en la vida social.

La conceptualización que brinda Touraine nos permite pensar en la participación como una categoría más amplia, sin limitarla a la acción concreta, lo que obliga a revisar la definición realizada en el comienzo del trabajo.

(2) Touraine, Alain. El Regreso del Actor, 1987, P 99

## **El enfoque modernizador y sus repercusiones.**

Según Touraine, dentro de los conceptos hegemónicos que se encuentran en crisis, el evolucionismo es el más manifiesto. El pensamiento social del siglo XIX se identificó fundamentalmente con la modernidad, definida por la racionalización y la secularización de las instituciones.

Se concibió a la modernidad como evolución, guiada por principios de racionalidad que rigieron no sólo la actividad científica y técnica sino también el gobierno de los hombres y la administración de las cosas. Esto significaba, que la humanidad, al obrar según las leyes de la razón y la técnica, se conduciría inevitablemente hacia la abundancia y la libertad.

La modernidad así entendida, repercutió directamente en la concepción del actor-sujeto, contribuyendo a acrecentar la dominación del sistema sobre ellos, disociando ambos conceptos. Tal como se la concibió, hizo de la racionalización el único principio de organización de la vida personal y colectiva. Touraine realiza una dura crítica a esta concepción, que ubica a la subjetividad en un segundo plano y sesgó el papel del sujeto frente al universo de la técnica.

Con la racionalización como principio orientador, comienza la ampliación y extensión de la cultura del consumo, la comunicación, la propaganda y la pornografía, con el objetivo de satisfacer los intereses individuales de los consumidores, procurando generar placer que responda a las nuevas reglas del gusto, aunque de hecho no tenga nada

de racional el mundo del consumo de masas, que responde a la búsqueda de status social, al deseo de seducir y al placer estético.

Esta racionalidad también impuso la destrucción de los vínculos sociales, de los sentimientos, de las costumbres, de las creencias llamadas tradicionales y de los vínculos de parentesco. La razón no reconoció adquisición, por el contrario, hizo tabla rasa de las creencias y formas de organización que no demostraran un principio científico. El mundo fragmentado y el hombre, conviven juntos, puesto que la cultura, la economía, el derecho, la personalidad y la sexualidad parecen marchar por separado.

El hombre es desdichado por que está dividido entre su deseo de vivir colectivamente y reconocerse con los otros y el movimiento continuo que lo arrastra hacia la individuación.

La escasez de utopías, de principios unificadores hace que todo se reduzca a la racionalidad y ésta a su vez a la racionalidad instrumental. La técnica es considerada como el medio más eficaz para alcanzar los objetivos, acción escasamente discutida, dado que no impone directamente ninguna decisión.

La modernidad así entendida se encarnó brutalmente en las sociedades, y dejó inevitablemente el sabor amargo del desencanto, una vez que el mundo racionalista se disipó y no fue reemplazado por ningún otro principio unificador. La caída de este paradigma aparece asociado a la decadencia de la ideología del Progreso, cuyos cuestionamientos más radicales se gestaron entre las dos guerras mundiales.

El sujeto se vió amenazado por el tecnicismo que chocaba violentamente con el universo de sus deseos y con su identidad. No sólo los actores desconocieron el camino que transitaban, sino también quienes en algún momento debieron investigar y revelar

nuevas interpretaciones.

Desde el concepto de modernidad que hemos heredado, infeliz en su interpretación tradicional, intentamos hoy reacomodarnos. La privación del mito, de la utopía y de los sueños es lo que mejor sigue caracterizando a la sociedad actual, que el autor llamó, la sociedad Programada.

La necesidad según Touraine, radica en definir nuevamente al sujeto, no tanto por su capacidad de dominar y transformar el mundo, sino por su capacidad de distanciamiento con el sistema de dominación. “ El sujeto se percibe más allá de sus obras y contra ellas”(3)

(3) Touraine, Alain. El Regreso del Actor. 1987. P 19

## **Una nueva representación de la vida social:**

### **Los sistemas sociales.**

Dejando de lado antiguas representaciones de la vida social, el autor propone un nuevo análisis, distinguiendo diferentes niveles de acción que conviene especificar, en tanto suponen un marco donde se desarrollan las conductas colectivas, caracterizadas por su dinamismo, flexibilidad y la capacidad de los actores involucrados.

Dichos niveles se organizan en torno a sistemas de acción social, y se corresponden también con las categorías de individuo, sujeto, y actor que desarrolla Touraine.

Un primer nivel de acción, refiere al sistema de la historicidad, esto es, la capacidad de una sociedad para construir su práctica a partir de modelos culturales y a través de conflictos y movimientos sociales.

La capacidad de inversión (invertir e investir) es lo que mejor define a este mecanismo de la vida social. En tal sentido el autor maneja el concepto de inversión, sin limitarlo a la dimensión puramente económica, sino rescatando también los conflictos en la gestión de estas inversiones, con la conciencia cada vez más aguda del actor-sujeto, quién toma distancia de los productos de su inversión, los reconoce como creaciones propias, reflexiona sobre su creatividad y valora el reconocimiento y la experiencia de sí mismo y de los demás en la medida de su capacidad de ser sujetos.

En este campo de la historicidad reside pues, la unidad del sistema social, fundado sobre la conciencia del sujeto, exponente de lo que se invierte en los conflictos de la vida social. Mediante las diferentes inversiones que se realizan, se va organizando el nivel de la

historicidad. Dicha actividad no se refiere al ámbito económico sino también, al sentido que se otorga a todas las prácticas, incluso el conocimiento, la acumulación así como la representación de la creatividad.

El nivel de la historicidad, es sin ninguna duda el que más rescata el autor, porque en sus movimientos se realizan las inversiones, que tienen que ver con los recursos humanos, materiales, y culturales que cada clase pone en juego frente a situaciones donde están llamadas a intervenir porque identifican un problema social que los moviliza y porque tienen capacidad de proponer un desafío en su accionar. De tal modo la historicidad se inviste del sentido de las prácticas sociales. Dicho sentido está dado por un modo de acumulación que define directamente un tipo de relaciones de clase, una representación simbólica que aprehende y representa esa sociedad en un campo cultural y por último, un modelo de conocimiento que justifica ese orden.

El autor sostiene que el sistema más elevado es la historicidad, es decir, la capacidad de transformación de la sociedad por sí misma, que rige otros niveles de la realidad social. Ejerce concretamente, un dominio sobre el sistema de las instituciones, es decir, sobre los mecanismos de formación de las decisiones consideradas como legítimas y luego sobre los organismos, es decir sobre el sistema organizativo social.

Las relaciones que se establecen en estos dos otros niveles más restringidos como el institucional y organizacional se exteriorizan siempre en relación al nivel de historicidad, con incidencia mutua y una relativa autonomía.

Según las inversiones que cada clase realiza, es como se percibe la dominación y oposición existente en el sistema social. El autor distingue diferentes tipos de conductas colectivas orientados hacia la modificación de uno o varios aspectos de la vida social, que

no tiene que ver necesariamente con conductas organizadas. Señala por un lado, aquellas acciones conflictivas que pueden ser entendidas como un esfuerzo de defensa, de reconstrucción o de adaptación de un elemento enfermo del sistema social. El significado de estas conductas se encuentra necesariamente, muy lejos de la conciencia de los actores, puesto que se define en términos de funcionamiento del sistema social y no de representaciones o proyectos de los actores. Si al revés, los conflictos se analizan como mecanismos de modificación de decisiones y por lo tanto como factores de cambio, el autor propone hablar de luchas.

Las luchas son todas las formas de acción conflictual organizada, dirigida por un actor colectivo contra su adversario de clase por el control social. En tal sentido un movimiento social es la forma de lucha más acabada, dado que sus acciones intentan modificar las relaciones de dominación social ejercidas sobre los principales recursos culturales.

El movimiento social no es, tal como el autor definió al resto de las conductas colectivas, una respuesta al sistema social. Un movimiento social es una acción conflictiva mediante la cuál se transforman las orientaciones culturales y un campo de historicidad en formas de organización social, definidas a la vez por normas generales y por relaciones de dominación.

En tal sentido, los movimientos sociales son las luchas afirmativas que se sitúan a nivel de la historicidad. Son afirmativas, porque definen una relación con su adversario y con el sistema de inversiones, a la vez que construyen proyectos alternativos, buscando acrecentar la aprehensión del actor sobre un campo social.

El autor analiza otro modo de lucha situado a nivel de la historicidad, que si bien

no será analizados en este trabajo, conviene mencionar sintéticamente. En este nivel, también se sitúa la lucha crítica, es decir, aquella lucha de defensa contra una dominación no legitimada por la historicidad, o sea en crisis. De este modo conceptualiza a la acción revolucionaria, como forma de acción colectiva que se levanta contra una dominación que ya no se asocia a una acción dirigente de la clase superior. Es una acción que se opone a la historicidad y la destruye en nombre de una reapropiación comunitaria de todas las formas de producción de la sociedad sobre sí misma.

El conflicto es el eje central que articula las diferentes luchas, dado que “toda sociedad en la que parte de su producto se retira del consumo y luego se acumula está dominada por conflictos.”(4)

Esto hace que no pueda existir una sociedad sin clases. “La clase superior dirige la acumulación, pero asume también la historicidad, de ahí, que también defina un modelo cultural y un modo de conocimiento que ella se apropia, pero que nunca se reduce a su ideología.”(5)

Esa clase administra la historicidad, identificándola con sus intereses particulares, la clase popular se protege contra la dominación, pero apela asimismo a la historicidad impugnando su apropiación por parte de la clase dirigente. La clase dirigente entonces, no es la conciencia universal de una sociedad, sino un grupo particular que se define por la dominación que impone al resto de la sociedad.

La ideología dominante identifica al "adversario" reduciéndolo al sin sentido, a la antihistoricidad. Por esto, debemos rechazar la noción de "valores sociales" ya que es un principio de separación de las conductas que se juzgan buenas y malas. Y este poder de

4) Touraine, Alain, El Regreso del Actor, 1987. P 164

(5) Touraine, Alain. El Rregreso del Actor, 1987. P.68

definición es siempre posible desde quienes poseen el poder de definir, en este caso, las clases dirigentes. Por que pueden definir las reglas del juego y las normas que regirán una colectividad.

En tal sentido cobra fuerza el concepto de movimiento social, que es simultáneamente un conflicto y un proyecto cultural. La noción de movimientos sociales, no designa cualquier fuerza de cambio ni cualquier tipo de acción colectiva, reservándose para los conflictos realmente centrales, donde se cuestiona el control de la historicidad.

Este concepto lleva a considerar que los actores sociales no sólo se limitan a reaccionar frente a situaciones, sino que también las engendran. Los movimientos sociales se definen por un principio de defensa o identidad referido a los intereses particulares de un grupo o categoría social, un principio de oposición, que define un "adversario" contra quién lucha y finalmente un principio de totalidad, cierta concepción del interés general sin la cual un conflicto sería puramente privado.

El movimiento social jamás se define por un principio u objetivo único, es siempre un conjunto inestable, formado por estos tres componentes, jamás totalmente coherente y casi siempre mezclado con otros modos de acción colectiva.

Por otra parte, es necesario rescatar que la identidad juega un papel primordial en la integración de los movimientos sociales, permitiendo articular la defensa e identificar un adversario común. Esta identificación de pautas y valores culturales es posible por la existencia de una identidad propia que les es común. Pero la defensa de la misma no puede estar disociada con el conflicto contestatario, que es el que permite al movimiento social constituirse como tal en tanto pone en cuestión las orientaciones culturales.

En función de esta caracterización de los sistemas sociales se distinguen dos ejes

de reflexión diferentes. Por un lado, el actor-sujeto alternando entre los niveles de participación, en tanto acción colectiva organizada así como en el distanciamiento con las prácticas. Por otro lado, se distinguen diferentes niveles de organización colectiva, donde los movimientos sociales si bien son las conductas colectivas más acabadas, son escasos los que logran alcanzar la elaboración de proyectos propios y por ende constituirse en actores con continuidad en el tiempo.

## **Caracterización de la acción colectiva en América Latina**

No podremos comprender bien la articulación de los sistemas de acción si no los enmarcamos en la situación concreta donde se desarrollan. Según Touraine, formando parte del modelo dependiente de las sociedades latinoamericanas. Aspecto que el autor considera esencial para comprender como se vincula esta forma de desarrollo con la acción colectiva, con el sujeto enfrentado a la participación social y con los espacios reales cedidos a la misma.

Si bien, no es el objetivo de esta monografía profundizar sobre la noción de desarrollo que maneja el autor, conviene tener presente algunas de las repercusiones que dicho modelo ejerce sobre las características de la acción colectiva.

Según Alain Touraine, los actores sociales que intervienen en la vida de América Latina tienen algunas características que importa señalar. Desarticulación, dualización, fusión y movilidad, son conceptos que se repiten en la caracterización de este modelo. Según el autor, tiene que ver directamente con la situación de dependencia, que opone y confunde a quienes participan de la vida social.

Primeramente, y en lo que refiere a la fusión, la misma se establece entre las categorías sociales y políticas, es decir, entre las relaciones de los actores sociales, las fuerzas políticas y el Estado. Un actor social puede ser definido, en toda circunstancia por su posición dentro de un sistema social. Pero esta dimensión de actor, tiende de manera más constante en nuestro continente, a mezclarse con dos dimensiones más: el desarrollo y la dependencia.

La dependencia indica que gran parte del poder económico está en el exterior del país, situación que explica la formación de un desarrollo capitalista limitado, dejando al margen de la sociedad a gran parte de la población activa.

La organización interna del sistema social del país es dominado por esa exteriorización. De tal manera que no existe un Estado nacional soberano, producto de un sistema político representativo de las fuerzas sociales del país. No se percibe el lugar que ocupa la autoridad central. La ausencia de un clase dirigente dominante así como la debilidad del Estado dependiente explica el carácter en general muy abierto del sistema político. En este sentido la politización se basa en una clara voluntad de valerse de los partidos políticos como medios más eficaces de intervención sobre el Estado y por lo tanto lograr nuevas conquistas y cambios.

El vacío se percibe, por que el escenario político sólo está ocupado por partidos y coaliciones que se ofrecen como representantes de personas, ideas o proyectos

En el espacio de participación, el principal referente es el partido político y la legitimación del Estado, de modo que los “movimientos sociales” intentan canalizar sus demandas a través de éstos representantes. En otros términos, no existe en un país dependiente, una separación clara entre actores sociales puros, fuerzas políticas representativas y Estado. Pero la principal observación que realiza Touraine es acerca de la ausencia de actores “puros”, definidos independientemente de su status político.

En cuanto a la segmentación, el autor sostiene que más que clases sociales fuertemente integradas, actúan grupos sectoriales o grupos de intereses segmentados. También es importante la dualización visible de las grandes categorías socio-ocupacionales, la oposición de la grande y pequeña industria así como el sector tradicional

y el moderno.

De manera más profunda aún, se observa una ausencia de correspondencia entre las situaciones objetivas y la capacidad de acción. Este es un elemento importante, porque contrariamente a la afirmación “ la capacidad política de las clases trabajadoras” el autor sostiene que en América Latina las clases, en tanto categorías socio-económica, tienen poca capacidad de acción autónoma.

Las características de la acción colectiva están definidas por la ausencia de actores “puros”. Por eso Touraine no considera adecuado hablar de movimientos sociales, si por ello se entiende la acción colectiva orientada hacia el control social de los recursos culturales centrales, sino hablar de otro tipo de luchas que logran movilizar con fuerza a los actores.

Con respecto a la dualización, el autor señala la repercusión de las limitaciones del mercado nacional interno en la organización de las conductas colectivas. Dicha limitación opone sectores que participan en la economía nacional y sectores marginales situados en los estratos más bajos, sectores pobres del campo y de la ciudad y estratos altos, conformados por la oligarquía y grupos ricos que protegen sus privilegios.

Esto opone cada vez más las categoría de dominados y dominadores, mientras que América Latina aparece cada vez más como sociedad de consumo, ligada a los intereses extranjeros y cada vez menos como una sociedad de producción que potencia su mercado interno.

La exteriorización del poder económico tiene como consecuencia directa que el sistema político actúe como distribuidor de recursos en vez de agente de la producción. La capacidad de producción se ve limitada por que el mercado interno es débil frente a los

intereses extranjeros y si bien es cierto que existe una explotación económica directa con tasas de ganancia altas, esto debe ser comprendido conjuntamente con la baja de salarios y de la calidad de vida.

En lo que refiere a la movilidad, la crisis del sistema agrario tradicional y la gran capacidad de atracción de las ciudades, se conjugan creando movimientos migratorios de importancia. Quienes abandonan el sector agrícola para radicarse en las ciudades ven debilitada su conciencia de clase frente a la conciencia de movilidad y voluntad de re-integración, así como una fuerte identificación con los grupos primarios, más que la pertenencia a categorías sociales generales. Esto, muchas veces determina una acción individualista, en oposición con la noción tradicional de clase, que supone una fuerte identificación del individuo, con la categoría social que integra.

Touraine rescata esta heterogeneidad de las conductas, señalando que impiden o dificultan identificar categorías de clases, así como categorías socio-ocupacionales "puras".

## **Las categorías sociales y la acción colectiva.**

El autor discrimina entre las diferentes categorías sociales que integran la vida social, asignándoles un lugar en el sistema, en tanto “dirigentes” o “dirigidos” y reflexionando sobre las conductas colectivas en las que participan. Este “lugar” se relaciona directamente con la capacidad de organización e inversión de los grupos que lo integran.

De las categorías que resulta importantes rescatar, la marginalidad es una de las construcciones más importante que maneja el autor.

### **La marginalidad**

La noción de marginalidad es útil, porque Touraine recurre a ella para analizar una serie de categorías sociales que tienen que ver con el bajo nivel de participación social y económica. Entre estas categorías el autor distingue al sector informal, el sector agrícola, la clase obrera, entre otras. Pero cabe aclarar que el término “marginalidad” no se utiliza en su sentido habitual sino para designar a la población que vive los efectos negativos de la dominación y por lo tanto estrechamente vinculado a la desarticulación de las sociedades dependientes.

En esta conceptualización, analiza algunas de las características sociales y las repercusiones concretas que determinan las conductas escasamente combativas y organizadas. Siguiendo con el autor, “es difícil no ver en la marginalidad un atributo de las sociedades dependientes. Una economía dependiente produce una marginación creciente que separa cada vez más la distancia entre las grandes empresas extranjeras y una inmensa zona deprimida del consumo popular. Refleja un mercado de trabajo con una

débil capacidad integradora. De tal manera, la población marginal es absorbida y rechazada por la sociedad en mecanismos que los aspira y los expulsa. Sus conductas llevan el sello de esa contradicción y su situación traduce la naturaleza profunda de las sociedades dependientes.”(6)

La población marginal se compone de aquellas categorías que acumulan las consecuencias del subempleo ligado al capitalismo dependiente y de las crisis de la sociedad rural y urbana. Una sociedad desarticulada no es la yuxtaposición de dos sociedades, sino una sola, donde en su interior se ubica una población llamada marginal que mejor que otras categorías, manifiesta las contradicciones y que es igualmente productora de conductas colectivas sociales y políticas que no pueden de ninguna manera ser reducidas a la apatía.

La población marginal pertenece al sistema capitalista por medio de la exclusión más que a través de la explotación. Es destruida por la exclusión padecida, alienados, es decir, atraídos por modelos dominantes en ruptura con su propia realidad. En tal sentido, manifiestan dificultades para participar directamente en la construcción de una conciencia colectiva y en la lucha de clases, porque se identifica con modelos que le han sido asignados y no por construcciones propias.

Sus conductas adquieren dos dimensiones, a nivel comunitario posee una fuerte capacidad defensiva que surge en el movimiento de distancia con el sistema social. Esta fase puede representar distanciamiento con la acción, para volver posteriormente a ella o de otro modo, un encierro sobre sí mismo, asumiendo la exclusión y una acción puramente defensiva en rechazo de lo social. Por otro lado un intento de ~~de~~ intervenir en la

(6) Touraine, Alain. 1973. Pags. 103-135

vida pública, estableciendo vínculos que trasciendan su comunidad. Situación que muestra grandes dificultades dada una escasa capacidad de inversión así como para establecer un vínculo social entre ellos, su adversario y sus apuestas.

### **El Sector Agrícola**

A pesar de pertenecer a la década de los 90, la imagen que aún persiste del mundo rural en varios países latinoamericanos es de pobreza, aislamiento y bajo nivel de productividad de la tierra. Causa o consecuencia de la escasa incorporación de dicho sector a la economía nacional.

Las características entre el campo y la ciudad, no sólo opone formas de vida, sino también categorías de trabajadores y lógicas de acción diferentes. El sector agrícola tiene la especificidad quizás más marcada, que otros sectores productivos de no unificarse ni incorporarse por entero a la economía capitalista de mercado. La dualización permanente de la sociedad rural indica la presencia de una economía capitalista limitada que no domina totalmente el sector y que mantiene a los minifundistas en una situación a la vez de dependencia y autonomía.

La dependencia se manifiesta en una baja productividad y en la relación con los intermediarios, camioneros, compradores, entre otros y la autonomía tiene que ver con estos grupos, existen al margen de la economía urbana, lo que permite que la comunidad conserve su unidad cultural, su identidad, sus formas de control social y no se destruya totalmente por la intervención del capitalismo.

Cabe aclarar que la autonomía cada vez es menor frente a una dependencia

creciente, que se refleja en el empobrecimiento de los pobladores, en la amplia movilidad, migración y situaciones de aislamiento que dificultan que este sector se incorpore a las luchas colectivas que sostiene la vida urbana.

## Elementos de Análisis

En el análisis que realiza Alain Touraine rescatamos varios elementos que nos hacen repensar las nociones que delimitaron el Proyecto de Desarrollo Local en Villa Constitución.

La interrogante de partida, planteada en términos de negación; ¿por qué la gente ya no se involucra en procesos participativos?, dista del sentido que el autor otorga al término “participación”, que si bien no define como tal, brinda elementos para comprender que “participar” es un proceso mucho más amplio y complejo que un conjunto de acciones concretas.

Si estructuramos nuestro planteo en torno a ejes de análisis, reconocemos en primer lugar, diferentes formas de participar en la construcción de la vida social. El autor distingue la participación que tiene que ver con la capacidad de criticidad y creatividad sobre las orientaciones culturales, de aquella participación pasiva sobre la vida social, que se asemeja más a la alienación en tanto los actores son conducidos por las orientaciones, sin intervenir sobre las mismas.

Otro eje que importa rescatar, refiere a la participación en tanto categoría que no se limita a describir conductas colectivas organizadas. Para esto introduce la noción de distanciamiento como un elemento esencial para enriquecer las prácticas sociales. Recordemos que esta noción puede traducirse en distanciamiento de la acción concreta, para volver a ella de un modo más creativo y reflexivo y también como aislamiento. Dicha categoría refiere a la distancia con la práctica y no define a priori futuras orientaciones

respecto de las mismas.

En tal sentido, participar es mucho más que “formar parte de algo”. La conceptualización que enmarcaba el desarrollo del proyecto impone limitaciones metodológicas y conceptuales que impiden aprehender a la participación como una categoría amplia y dinámica. A la vez que limita al actor-sujeto a un campo restringido, donde participar se asocia a “intervenir con responsabilidad”, invalidando así, otro tipo de manifestaciones individuales y colectivas.

En este sentido importa explicitar un tercer eje, y tiene que ver con la noción que manejamos al principio del trabajo, que reduce al actor a representar papeles que nosotros hemos definido para el, y cuya representación no siempre contempla las características del escenario al que pertenece. Este punto no sólo obliga a revisar la conceptualización de participación que inspiró el proyecto, sino también el marco general de referencia. Esto es, explicitar elementos de la lógica que articuló la intervención.

Desde la lectura inicial, nos proponíamos analizar las conductas colectivas organizadas, intentando recoger elementos que hicieran posible delimitar las expresiones de la localidad en un proceso de conformación o consolidación participativa. Sin embargo, la noción de distanciamiento es lo que mejor define al actor-sujeto invitado a participar en el marco del proyecto.

En tal sentido, y como se explicitó en el segundo eje de análisis, se hace necesario distinguir dos niveles en el planteo. Un nivel donde no existe la acción concreta, que se manifiesta como distanciamiento de las prácticas sociales. Y un nivel de acción, dentro del cual se ubica la acción colectiva organizada, donde los movimientos sociales son las conductas más acabadas. En torno a este nivel de acción, importa algunas reflexiones del

autor.

Tal como lo señaló, un escenario básicamente desarticulado dificulta la consolidación de una acción colectiva organizada. Villa Constitución es una comunidad rural que intenta resignificar y reconstruir sus prácticas sociales, en un movimiento que va desde la extrema dependencia con la ciudad a la autonomía de sus costumbres y tradiciones.

En tal sentido sus prácticas se asemejan con el distanciamiento, porque el actor encuentra dificultades para discriminarse como tal y para discriminar las orientaciones culturales en juego. Y este eje constituye uno de los más importantes a señalar, porque retoma la noción de dependencia y contextualiza sus repercusiones sobre las pautas de acción.

Dualización, desarticulación y fusión de las prácticas sociales, son algunos elementos que caracterizan el modelo dependiente. Concretamente en la dinámica de Villa Constitución, aparecen ligados a la escasa autonomía de los actores, así como en la segmentación de la identidad local.

Las conductas colectivas pueden existir, manifestarse y organizarse, si poseen cierto nivel de autonomía, es decir referido a la necesidad de los actores, de expresarse entre parámetros de libertad. La Villa, tal como vimos, es una localidad ubicada al interior de la ciudad de Salto. En ella se conjugan las limitaciones de una centralización que no existe solamente en términos administrativos. En este caso, la escasa autonomía de los actores sociales, no solo se asocia a una dominación extranjera sobre el país en situación de dependencia, sino también en los rasgos concretos de la dualización entre la ciudad y el campo, y del mismo modo, de la capital del país sobre el resto de los

departamentos. De esta forma, el espacio público, (que es el espacio de las relaciones, de los conflictos y de las negociaciones) se encuentre limitado, incluso invalidado para un sector agrícola con estas características.

Cuando nos referimos a la escasa autonomía, también tiene que ver con las limitaciones de un mercado interno que provoca que tanto los productores rurales, como trabajadores zafrales dependan casi exclusivamente de las relaciones laborales que establecen fuera de su medio.

Esto tiene varias repercusiones; debilidad del mercado interno y escasa autonomía se conjugan para reforzar una dominación que es visiblemente política, y que no facilita de ninguna manera la constitución de actores dirigentes, así como una sociedad civil con poder de inversión sobre las orientaciones culturales.

La participación en el sistema político más bien de manera dependiente, hace que cuando los actores sociales participan del poder, lo hagan respondiendo a las campañas de los partidos. En contraposición a la fuerte autonomía de los actores políticos que resulta básicamente de la ausencia de un Estado asociado al poder económico y por consecuencia la no diferenciación del Estado, la sociedad civil y el sistema político.

En segundo lugar, otro elemento que el autor distingue como importante tiene que ver con el desarrollo de una identidad local fuerte, como posible punto de enclave de las conductas colectivas organizadas. Al vincular este aspecto con la noción que brinda sobre la marginación, comprendemos que los grupos marginados pueden cobrar conciencia de su identidad no sólo por lo que ellas posean sino por aquello de lo que se ven privadas, puesto que no pueden identificarse con un movimiento natural de la sociedad, del que se hallan separadas por la dominación que sobre ellas ejerce la clase dominante.

En el marco concreto de Constitución, la identidad está muy marcada por las privaciones, aunque este elemento no constituye un factor de cohesión, sino de segmentación social, dado la amplia movilidad de la población, la migración y las relaciones laborales alternadas entre las ciudades más cercanas.

Cabe agregar que la falta de una clase social dirigente que genere acciones autónomas y más homogéneas impide también la conformación de oposiciones claras que hagan posible definirse como grupo en función del reconocimiento de un adversario común.

Por otro lado, el pueblo tampoco logra identificarse por las relaciones de producción que lo caracterizan, dado que el retorno a la horticultura es un fenómeno relativamente nuevo para ellos, y aún no han logrado conjugar la lógica del empleo público con la producción independiente de la tierra. Esta dualización contribuye a profundizar una dominación generalizada desde el espacio político hacia la sociedad civil. La figura del Estado es integradora de las prácticas, frente a la debilidad de la identidad local y el medio de producción, que no logran constituirse en un factor de cohesión social. Los actores se definen más, por las costumbres propias del ámbito comunitario y tradicional, que lo encierran cada vez en la dependencia de otros sectores productivos, tal como intermediarios, distribuidores, camioneros etc.

Estos elementos, al igual que los citados con anterioridad, plasman la inevitable herencia del desarrollo dependiente. Y por esta razón este cuarto eje de análisis no sólo constituye el contexto general de la acción colectiva, sino también los elementos más específicos que la definen. Desde esta perspectiva, el nivel de organización de las conductas colectivas se ve obstaculizado al no encontrar un lugar de apoyo sólido desde

donde constituirse. Esto explica en parte, la acción débil de los actores sociales en la Villa.

Si tenemos en cuenta estos elementos que maneja el autor en su planteo de la acción colectiva, se desprende ante nosotros un eje central que atraviesa todo el análisis, y que identifica a los actores sociales de la Villa por su situación de exclusión social que por la participación entendida como autoconducción. Es decir, la escasa autonomía en el sistema de producción, la fragmentación del poder político y una identidad local que se segmentó profundamente, no sólo parecen inhabilitar la constitución de conductas colectivas organizadas, sino también, contribuyen a profundizar la existencia de sectores sociales sin expresión política específica y fuerzas políticas sin representatividad social clara.

Importa entonces, volver sobre la noción de exclusión que señala el autor, dado que la participación concreta que enmarcó el proyecto de Desarrollo Local tuvo más vinculación con esta categoría.

Los sectores excluidos, según Touraine, no pueden desarrollar una acción autónoma más allá de la defensa de sus necesidades básicas, es decir, de la reivindicación de un nivel mínimo de sobrevivencia. Esto nos permite pensar que Villa Constitución si bien es una de las localidades más pobres del país, no significa pues, que deba caracterizarse por un poder de movilización mayor.

La situación de exclusión repercute directamente en el sistema de inversiones de la historicidad. En este sentido, se desarticulan y fragmentan las apuestas que se realizan, de modo que los sectores marginados pierden poder frente a las inversiones de otros grupos sociales. Tal como lo señala el autor, los grupos sociales que tienen dificultades para

proponer desafíos sobre las orientaciones culturales, pierden progresivamente su poder frente a otros grupos, y frente al sistema de la historicidad. La tensión es cada vez mayor entre las categorías marginales ( el sector hortícola es uno de los más manifiestos) y otras categorías más privilegiadas, asociadas a intereses extranjeros. Estos últimos administran cada vez con mayor facilidad los recursos materiales y las orientaciones culturales, manteniendo los beneficios como un patrimonio propio. Esta segmentación en el sistema de inversiones es otra de las manifestaciones de la situación de dependencia que pauta la acción colectiva.

Touraine identifica la amplia capacidad de apropiación de las orientaciones culturales que posee la clase dirigente en América Latina. Su capacidad de invertir se acrecienta por que logra reducir al máximo la incertidumbre en las apuestas que realiza. El conocimiento que posee la posesiona de manera diferente en la realidad. Este posicionamiento está otorgado por el poder de movilización de las instituciones políticas, el aparato estatal y la organización cultural en defensa de la reproducción de sus privilegios. Tiene pues, mayor capacidad de conocer las orientaciones en juego, dispone de mayores recursos que acrecientan su capacidad de inversión, realizando las mismas siempre con mayor seguridad. Frente a este poder, la clase marginal es siempre más débil.

Cuando pensamos en la organización de conductas colectivas, generalmente no profundizamos en estos aspectos que el autor analiza, sin los cuales partimos necesariamente de concepciones erróneas. Nos mantenemos aferrados a viejas interpretaciones, por incapacidad propia de acompañar los cambios con nuevas lecturas e intervenciones. La imagen clásica del actor, organizando su lucha en vastos movimientos sociales, es una de las concepciones más incorporadas.

Actualmente los actores tienen una presencia mucho más difusa, asociada con conflictos que ya no pertenecen a un sector específico, sino que están en todas partes. En Villa Constitución, si bien existió una fuerte tradición de movilización, muy asociado a la conciencia de clase obrera arraigada en “El Espinillar”, se está muy lejos de concebir un desarrollo de luchas en términos de movimientos sociales.

Esto tiene que ver, como vimos, con la debilidad de los actores locales, su falta de organicidad y amplia movilidad, así como también, la desarticulación del sistema de inversiones. Elementos que en definitiva, constituyen su debilidad política.

Es importante contextualizar la participación en este escenario social de la dependencia tal como lo señala el autor. Dicho escenario nos habla de luchas que escasas veces logran articularse con fuerza, trascendiendo la fase puramente defensiva y elaborando contraproyectos de cambio.

Sin duda estamos frente a procesos que requieren nuevas lecturas y que abren sus puertas a terrenos donde el distanciamiento juega un papel esencial en las prácticas sociales, en tanto expresan una acción que aún no ha encontrado expresión. Importa conservar el sentido de distanciamiento que señala el autor, profundamente asociado a la condición del sujeto, en repliegue con un mundo que lo amenaza, o pensando profundamente sobre su acción, en una distancia esencial y necesaria.

## **Conclusiones Finales**

Esta monografía pretendió acercarse al sujeto enfrentado a la participación social, y en este esfuerzo reconoció que la práctica de la que partía, estaba impregnada de construcciones cuyo fundamento se apoyaba en preconceptos y juicios efectuados a priori. Una vez que reconocemos que el nivel de la acción se alimenta y se enriquece con el distanciamiento, se abre ante nosotros un espectro de amplias lecturas e intervenciones posibles.

La concepción inicial, que redujo la participación a una acción colectiva determinada, entró en crisis pocos meses después de haber sido puesta en práctica. De tal modo, las nociones que habían sido asignadas a la participación, tuvieron una vida relativamente corta. Esta confusión entre “conductas esperables”, previamente “determinadas” y las prácticas reales y cotidianas de la gente, introdujo peligros que es necesario retomar para concluir.

En lo que refiere a lo expuesto en el primer eje de análisis, conviene reiterar que el proyecto de Desarrollo Local pretendió impulsar cambios estructurales sobre Villa Constitución, sin embargo no pudo lograr este objetivo, en tanto no reconoció aquello que frecuentemente se pasa por alto; las prácticas de quienes no tienen un lugar hegemónico en la vida social. Esto tuvo que ver, no sólo con la incapacidad para aprehender nuevas concepciones que enriquezcan nuestras prácticas, sino también porque dichas concepciones se atraviesan más de lo que creemos, con las representaciones que las clases dominantes han construido sobre la vida social.

La dominación recae sobre nosotros impregnándonos de modelos “esperables” que pocas veces logramos dilucidar. Conviene preguntarse que tipo de prácticas participativas esperamos de la gente, ¿una práctica conducida y por ende alienada? ¿o una práctica creativa y reflexiva?. Conviene preguntarnos también, ¿qué concepción de participación incorporo con mi proyecto de trabajo? Cuando ofrezco un conjunto de estrategias acabadas cuyos objetivos han sido fijados con anterioridad y no son objeto de una construcción colectiva con los involucrados ¿qué estoy esperando? ¿No espero acaso ser quién conduce y dirige el proceso?

Las prácticas de distanciamiento en Villa Constitución volvieron explícitos estos cuestionamientos. Y desde el análisis se articuló una lectura diferente a la estructurada desde la lógica de dominación. Esto significa que estamos en presencia de una población que no optó ser conducida, y que en su repliegue nos hizo pensar, ya no sobre las conductas de la localidad sino sobre las propias.

En torno al segundo y tercer eje de análisis, el proyecto de la Villa, reconoció profundas carencias en la localidad, y propuso una serie de estrategias tendientes a su superación. El marco del proyecto hacía suponer que una vez definidas las mismas, los pobladores se incorporarían a una acción organizada, orientada a intervenir sobre la realidad para modificarla.

La peligrosidad de esta noción tiene que ver en primer lugar, con el nivel de frustraciones generado en la población, una vez que comprueba que la organización y la intencionalidad, no son suficientes para alterar las relaciones de dominación en las que se encuentran inmersos. Suponer que la organización de las conductas puede por sí misma

alterar las estructuras sociales es una reducción grave.

Las valoraciones en torno a las conductas colectivas organizadas carecen de un fundamento sustentable. ¿Acaso suponemos que las mismas son siempre conscientes y puras? Según Touraine, las relaciones sociales no se presentan de un modo inmediato a la observación. “La relación se halla encubierta por alegatos, ideología y discursos. Cuando los actores se encuentran implicados en relaciones que ponen en causa las grandes orientaciones de la sociedad, no son siempre conscientes ni siempre organizados”(7). Nunca podemos definir a simple vista las relaciones de los actores, porque una relación se sustrae al actor, puesto que contribuye a definir el papel que representa. Ninguna relación puede aislarse del sistema que integra. Nuestro trabajo tiene que ver con la dilucidación de las apariencias, tras la cuál siempre se oculta el poder. Y reconocer que la intencionalidad de la acción nunca es dada enteramente por la conducta del actor. En este sentido, la sociedad es idea, intención y valores sociales no reconocibles por la simple observación, tal como las conductas organizadas llevan inevitablemente esta marca.

Reducir la participación a conductas colectivas organizadas es rechazar la participación de amplios sectores de la población y esto se traduce en reforzar su condición de exclusión. Este punto constituye otro peligro importante.

El autor sostiene que las clases dirigentes desarrollan mayores vinculaciones con el medio y con los recursos que éste dispone, dado que su capacidad de invertir sobre las orientaciones sociales es siempre mayor. Si nuestra intervención no logra reconocer en los grupos populares, los niveles de defensa, de repliegue, y de construcción diferente,

(7) Touraine, Alain. El Regreso del Actor. P. 22

hacemos una sola lectura; “la lectura que la sociedad ofrece de ella misma.”(8)

Una intervención profesional se opone a la lectura que la sociedad ofrece de ella misma. Las fuerzas sociales dominantes llaman “apatía”, “desinterés”, “poca participación” y “comodidad” a este otro plano de la vida social que se presenta como diferente. Al tiempo que se propone profundizar en tal diferenciación.

Siguiendo con el cuarto eje de análisis, que articula las pautas de acción colectiva con la situación de dependencia, constatamos que los lugares cedidos a la participación se reducen notoriamente para las clases populares, el peso de la dominación social confunde al actor, lo aliena, lo hace partícipe de una realidad que es virtual, mediante el consumo y la comunicación de masas y no en relación con los otros. Estos espacios se mezclan y se cruzan con los canales reales de participación, de tal modo que se vuelven difusos al actor.

Como señaló Touraine, la modernidad privó al hombre de su subjetividad al someterlo a las leyes de la razón, hoy los nuevos modelos imponen otras tendencias, mucho más peligrosas que las anteriores. El actor-sujeto es infeliz, porque está impulsado cada vez más hacia su individualidad, contrariamente a su naturaleza y a su deseo de vivir colectivamente, reconociéndose con el otro, mirándose a sí mismo a través del otro, y sintiéndolo siempre cerca. A la herencia de la modernidad se suma la condición de dependencia. Desarticulación, dualización y segmentación profundizan el desarraigo de los actores. Creciente complejidad y constante disminución de la integración social.

La lógica de dominación otorga un significado diferente al distanciamiento, porque no se propone reconocer en él, las consecuencias de un sistema social amenazante. En tal sentido, construye lecturas que acrecientan la idea de un actor-sujeto que ya no se

(8)Touraine, Alain. El Regreso del Actor. P. 83

involucra en los procesos de la vida social. Es necesario entonces, que la noción de distanciamiento pueda contener una interpretación diferente a la de “inacción”, y pueda aparecer también como un cuestionamiento de la dominación. Por ende, de algún modo siempre es acción.

La noción de distanciamiento re-ubica al sujeto respecto de sus prácticas y reconoce necesariamente un sistema social cuyo poder amenaza profundamente al hombre.

En el proceso desarrollado en Villa Constitución, rescatamos un sujeto en situación de exclusión social, que se enfrenta a la participación como distanciamiento y esto introduce dos reflexiones importantes. El distanciamiento es un modo de participación, pero éste no constituye por sí mismo una acción de cambio sobre la realidad. Es decir, la realidad se transforma mediante la acción concreta, si bien reconocemos que la reflexión sobre la acción es una práctica esencial.

En tal sentido, conviene tener presente que los movimientos sociales refieren a la forma de lucha que asume el cambio a nivel de la historicidad. Vimos que un movimiento social es una doble relación: con un adversario y con lo que está en juego. El contraproyecto que el movimiento construye es resultado de esta doble relación con el desafío, con el adversario y de la relación que los vincula, es decir, la representación que tiene de la dominación ejercida por su adversario.

Conviene interrogarnos entonces, acerca de la intencionalidad del distanciamiento que hoy impregna las prácticas sociales de la Villa. ¿Acaso se retomará la acción?, ¿Qué duración en el tiempo tendrá esta forma de participación?, ¿Existirá en breve algún esbozo de lucha?

Estas interrogantes merecerán ser retomadas en una futura ocasión, en tal sentido tengo la convicción de que volveremos a sorprendernos.

El desarrollo de esta monografía permite aprehender que la participación es sin lugar a duda, una de las palabras claves para la intervención desde el Trabajo Social. Representa una gran conquista y debe responder a un proceso donde el sujeto-actor se llama a reflexionar e intervenir sobre sus propios proyectos. En tal sentido, la participación cuando no significa conducción y alienación, incrementa el poder de inversión de los sectores oprimidos por la dominación.

Nuestro compromiso nos desafía en la construcción de una participación real, creativa y autónoma, que se enmarque en un proyecto político de mejoramiento de la calidad de vida de quienes permanecen aún excluidos. Frente a esto, las mayores dificultades son nuestros propios modelos que depositamos casi inevitablemente sobre las prácticas cotidianas del actor-sujeto.

## BIBLIOGRAFIA

\* Touraine, Alain. El Regreso del Actor. Primera Edición en Español. Argentina, EUDEBA S.E.M, 1987.

\* Touraine, Alain. Crítica de la Modernidad. Primera Edición en Español. Argentina, F.C.E.A S.A, 1994.

Touraine, Alain. Les Sociétés Dépendantes. Edición en Francés. Francia, ISBN, 1976.

Touraine, Alain. Introducción a la Sociología. Primera Edición en Español. Barcelona, ARIEL S.A, 1978.

\* Touraine, Alain. Production de la Societé. Edición en Francés. Francia, SEUIL, 1973.

\* Touraine, Alain. Actores Sociales y Sistema Político en América Latina. Ginebra, PREALC O.I T, 1987.

\* Terra, Carmen. “Teoría de la Acción Colectiva, Perspectiva de Alain Touraine”, repartido de uso docente en la asignatura Teorías Sociales II, 1997.